

Dr. Antonio Sautterman

7

FRANCISCO HUERTA RENDON

ARQUEOLOGIA DEL LITORAL ECUATORIANO

(Notas para su Conocimiento y Estudio)



(Guayaquil, Rev. Coleg. Nac. V. R.)
TIRADA APARTE DE LA REVISTA DEL COLEGIO NACIONAL
"VICENTE ROCAFUERTE"

GUAYAQUIL - ECUADOR. - 1.954

BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR

El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta de este.

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación **Art. 212 numeral 9, Lateral ii** “(...) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (...) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones” y **lateral vii** “La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad”.

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

Este libro está disponible físicamente en

Biblioteca:

Colección Museo Santiana

Piso:

Estante:

Bandeja:

Convenio interinstitucional:

Enlace al catálogo:

Con un cordial saludo del autor.

[Handwritten signature]

ARQUEOLOGIA DEL LITORAL
ECUATORIANO



GUAYAQUIL - ECUADOR

IMPRENTA DEL COLEGIO NACIONAL
"VICENTE ROCAFUERTE"

1.954



ARQUEOLOGÍA DEL LITORAL ECUATORIANO

(Notas Para su Conocimiento y Estudio)

Por FRANCISCO HUERTA RENDON

MOTIVACION

El retorno a la labor docente, en uno como descanso a esa Cátedra Mayor--apasionante y multiforme--que es el periodismo; la lectura, saboreada página a página, del estupendo libro DIOSSES, TUMBAS Y SABIOS, de C. W. CERAM, y actividades, muy recientes, en el campo de la arqueología ecuatoriana, nos han conducido de la mano, por así decirlo, a escribir las presentes notas.

Ellas quieren satisfacer--tal como surgen--las preguntas que, frecuentemente, nos hacen alumnos y amigos: ¿Qué significa aquello de que los «tiestos hablan», de que objetos de barro, piedra o metal, «cuentan su historia» a los arqueólogos, como si éstos tuvieran facultades sobrenaturales para entender sus revelaciones?

Quieren--también--seguir divulgando, sin alardes de erudición, sin sequedad de inventario, sin complejidades técnicas,--así lo hicimos, muchas veces, así nos place seguir haciéndolo--convencidos de la obligación moral de informar sobre lo último realizado, en materia de investigaciones arqueológicas en el país, y a quienes se deben las mismas.

Es tiempo, además--pensamos con Ceram--de que el llamado «gran público», el hombre corriente, el estudiante o el ciudadano, que no gustan de «lecturas difíciles», cambien algunas viejas ideas--hechas de desconocimiento y de prejuicios--sobre la ciencia del pico y la pala y sus cultores.

¡Cuántas satisfacciones depara, a los arqueólogos, su trabajo!

Ya sea en la tranquilidad de los gabinetes o, mejor aún, en las faenas al aire libre, en barrancos, playas, cerros, cuevas, etc., confrontando peligros, sufriendo penalidades, los arqueólogos gozan cuando pueden levantar «el velo que oculta la belleza de Isis»--como reza el verso de un himno del antiguo Egipto--logrando, a su pálida luz, ver entre las tinieblas del Pasado.

UN GRUPO DE AUTODIDACTAS

Con la muerte del sabio germano, Otto von Buchwald, Guayaquil perdió a uno de los más notables investigadores de la prehistoria del Litoral--de la del Guayas y Los Ríos especialmente--y la arqueología nos olvidó por largo tiempo.

Claro está que Dn. Jacinto Jijón y Caamaño--«the unquestioned leader of the field», al tenor de la frase del antropólogo norteamericano Wendell C. Bennett--se refirió en sus libros, posteriores a la muerte de von Buchwald, a la zona del Guayas, pero de modo incidental, en trabajos que tenían como centro de interés las provincias interandinas.

Ya por 1930 se iniciaron, tímidos y balbuceantes, los primeros estudios guayaquileños--entre los que tenemos la satisfacción de contarnos--con mas buena voluntad que conocimientos, con mas entusiasmo que metodología.

Fueron los primeros pasos, los inolvidables; algunos hemos continuado por la mágica senda; a otros los llevó la vida por caminos mas provechosos....
....economicamente!

De entre los «pioneros», de entre los que se ocuparon de divulgar y hacer conocer, de inquietar y valorar, debe destacarse el nombre del Dr. Modesto Chávez Franco, venerable Cronista de Guayaquil, de pluma agilísima, que escribió mas de un centenar de artículos sobre arqueología ecuatoriana.

Camilo Destruge, Gabriel Pino Roca y Carlos Matamoros Jara, también espigaron, algunas ocasiones, en el campo de la arqueología, pero en forma breve, referencial casi, pues fueron otras sus predilecciones en el estudio de la Historia.

Carlos Zevallos Menéndez, Rodrigo Cháves González, y nosotros, somos de la que podríamos llamar promoción del año treinta, a la cual debemos agregar, en años recientes, los nombres de Holaf Holm, Monseñor Silvio Luis Haro, y José San Andrés Tovar.

Emilio Estrada Icaza es el Benjamín del grupo, pero se ha iniciado con muy firmes pasos, editando un libro sobre arqueología del Guayas y reuniendo, en breve tiempo, una magnífica colección arqueológica, verdadero Museo regional, que puede figurar, sin desmedro, entre los mejores del Ecuador, siendo el primero de todos en lo que al Guayas se refiere.

Rodrigo Cháves González actúa, desde hace poco, en forma extraña. Nos duele decirlo (por la amistad que nos une, por su inteligencia y cultura), pero está reeditando, en nuestro medio, los olvidados capítulos del «posnanskismo» (del nombre del arqueólogo Arturo Posnansky), es decir, convirtiendo la investigación del pasado (agena, completamente agena, a toda posición pragmática) en una tesis patriótica--chauvinista, mejor dicho--en la cual la

historia se transforma en «lo que desearíamos que hubiese sido», con menos precio de lo que «realmente» fué.

No se puede admitir que, en breves artículos dominicales, sin otro respaldo que la opinión del autor, y en alas de un sensacionalismo periodístico, se pretenda cambiar la prehistoria americana, pulverizar el valor de los Cronistas de Indias, negar cuestiones probadas hasta la saciedad, destruir--en falsa posición de insurgencia e inconoclastia científica,--capítulos enteros de la Protohistoria de América.

Vengan--¡en buena hora!--todas las revisiones y rectificaciones que nuevos descubrimientos nos impongan, pero no pretendamos que, en asuntos de importancia medular, se nos crea «bajo palabra», se nos aplauda por la «fianalidad patriótica».....

No cabe insistir--aquí--sobre el particular, y si lo hemos traído a colación ha sido por tratarse de notas que quieren ofrecer--en síntesis--una visión, actualizada, de los estudios arqueológicos en nuestra ciudad.

Holaf Holm es danés, pero ama a Guayaquil--en la cual ha formado su hogar--como si fuera su ciudad natal; el amor a la Historia le viene por herencia, pues un Holm, su tío paterno, es el creador y fundador de uno de los mas sugerentes museos de Dinamarca, el de Aarhus, en el cual los visitantes se sienten transportados, como por obra de magia, a una barriada medioeval.

Casas, de las más antiguas de la ciudad, han sido desarmadas, pieza a pieza, y reconstruidas con todo su mobiliario, recolectado en los pueblos de la nación; la impresión de realismo es tan intensa y sugerente que, el Museo de Aarhus, ha servido de modelo a los similares que se inauguraron en los demás países de Europa.

Monseñor Silvio Luis Haro Alvear, Obispo Auxiliar de Guayaquil, ha venido a reforzar nuestro grupo, el «grupo de Guayaquil»--¿por qué no llamarlo así?--aportando su brillante experiencia en la arqueología del Chimbo--razo (que conoce como nadie), su dominio de los idiomas aborígenes del Ecuador precolombino y su gran cultura humanística.

Siguiendo las huellas de Monseñor González Suárez, los sagrados deberes de su alto cargo no le han impedido, nunca, robar unas horas al descanso, para descifrar manuscritos que los años quieren convertir en polvo, viajar por toda la República, inquirir, indagar, estudiar sobre las culturas extinguidas.

¡Cuan grandes resultados se obtendrían, como cambiaría la vida del país--hasta en aspectos insospechados--si fuesen muchos los sacerdotes que siguiesen su ejemplo!

Particularmente, debemos la afición, al estudio del Pasado, al Dr. Pedro José Huerta; luego tuvimos la suerte de recibir lecciones de Max Uhle y de Jijón Caamaño, logrando, al paso del tiempo, tener una biblioteca especializada en arqueología y etnografía ecuatorianas, la cual--modestia a un lado--es, quizá, una de las mejores de la ciudad, pues incluye casi todo lo publicado, por investigadores extranjeros, o nacionales, sobre nuestro país, siendo el resultado de muchos sacrificios y privaciones.

Somos autodidactas, como lo fueran González Suárez, von Buchwald, y Jijón Caamaño --para no citar sino a los principales-- y, por lo que a nosotros respecta, estamos orgullosos de que así sea.

No hemos hecho de la Arqueología una profesión, propiamente dicha, la cultivamos con pasión, con asiduidad, pero sin que nos proporcione ningún rendimiento económico, sino, por lo contrario, gastos, restricciones presupuestarias, que nos hacen amarla mas todavía.

Ya han pasado los tiempos en los cuales, sin ninguna mala intención; para con íntimo convencimiento, muchas buenas gentes nos consideraban un poquito «chiflados», por «perder tiempo y dinero en desenterrar cosas viejas», por preocuparnos tanto de los «infelices indios».

Hoy es «de buen tono» poseer unos cuantos objetos antiguos; se aprecia el valor de los mismos; se los busca; se los compra; se los colecciona.

Un numeroso grupo de porteños, inteligentes y cultos, aleccionados por viajes y lecturas, tienen, en sus salas de recibo, en sus despachos, ceramios o esculturas precolombinas, y no faltan aquellos que, como Max Konanz, poseen verdaderos Museos de Arte Precolombino. La colección de este último caballero, formada en Guayaquil, se encuentra, al presente, en su Hda. Burgay, de la provincia del Cañar.

Ahora podemos sonreír--con gesto de añoranza por los días pasados-- recordando como unas cuantas bañistas, en la isla de Puná, nos creyeron «locos pacíficos», al vernos trepar por los barrancos cercanos a la playa, buscando las huellas de los bravos isleños de la prehispánidad; ha fructificado la tesonera labor en la cátedra, en folletos, en exposiciones, en el diarismo, en muchas conferencias (que hemos dado en todo el país), y nuestro archivo guarda diversas comunicaciones del exterior, en las cuales se nos da estímulo y aliento.

Alumnos, de la Cátedra de Arqueología e Historia del Ecuador, que tuvimos por seis años en la Universidad de Guayaquil (y a la cual hemos vuelto recientemente), trabajan, ya, desde el magisterio, y sus esfuerzos, sumados a la obra del «Grupo de Guayaquil», no dejarán que la hoguera prendida, en honor de Clío, pueda apagarse, nunca, en la ciudad huancavilca.

LA ARQUEOLOGIA DEL MILAGRO

Se debe a Emilio Estrada Icaza --ya mencionado-- un extenso e importante estudio sobre la prehistoria del Guayas, el titulado ENSAYO PRELIMINAR SOBRE LA ARQUEOLOGIA DEL MILAGRO, aparecido en Agosto del presente año.

Como ya lo hemos dicho, luego de la muerte de von Buchwald, con la excepción del libro del inglés Bushnell, sobre la Península de Santa Elena, editado en 1951, poco, muy poco, es lo publicado sobre la arqueología de nuestra región y, menos todavía, lo que proviene de plumas de guayaquileños.

Sean, por lo tanto, del género que fuesen, las observaciones que se hagan a la tesis planteada por Emilio Estrada Icaza, nadie podrá discutirle el valor extraordinario de su aporte a la arqueología del Litoral, los novedosos y variados datos que se encuentran en su trabajo, los conocimientos, entusiasmo y dinamismo con los cuales insurge en el campo de la antropología nacional, vitalizándola y renovándola.

En un medio —como el nuestro— donde el noventa por ciento de los hombres jóvenes, con bienes de fortuna, se dedican a coleccionar espiroquetas —pálidas y de color— o gatos de Persia, hay que dar gracias a Dios por excepciones del tipo de la que constituye Emilio Estrada Icaza, digno heredero del talento de su ilustre padre y, como él, amoroso a Guayaquil en todos los tiempos de su Historia.

No encuadraría, dentro de la brevedad de éstas notas, un análisis pormenorizado del ENSAYO PRELIMINAR SOBRE LA ARQUEOLOGIA DEL MILAGRO, bástenos decir que su autor cree que, los Cayapas, ese pueblo del cual sobreviven —en franco proceso de aculturamiento— unos mil representantes, que moran en los bosques de Esmeraldas, son los principales antecesores de los aborígenes precolombinos del Guayas, siendo la región del Milagro una «zona cayapa» bien definida.

Presenta, para sostener su tesis, pruebas de carácter morfológico y filológico, demostrando su familiaridad con la más moderna bibliografía al respecto, y profundo conocimiento del folklore de cholos y montubios, que relaciona con antiguas costumbres cayapas.

¡LOS TIESTOS QUE ESPERARON DIEZ Y OCHO AÑOS!

El año de 1936, por donación de los hermanos Gutiérrez —nuestros alumnos en el Colegio Nacional «Vicente Rocafuerte»— llegaron a nuestro poder unos cuantos tiestos provenientes de la Hda. Buena Esperanza, a orillas del río Babahoyo, en el cual desemboca el estero de «La Chorrera», que cruza la hacienda, y con cuyo nombre se suele llamar al predio mencionado.

Los fragmentos, en referencia, nos llamaron poderosamente la atención; no conocíamos nada parecido en la región del Guayas, y las únicas similitudes estaban en las láminas del trabajo de Max Uhle sobre la provincia del Azuay (Influencias Mayas en el Alto Ecuador), por lo cual no nos atrevimos a publicar una sola palabra sobre los mismos, limitándonos a visitar el paradero, recoger más tiestos, seguir estudiando, y esperar plantearle nuestras dudas a la mayor autoridad en prehistoria ecuatoriana, Don Jacinto Jijón y Caamaño.

En 1945, durante un viaje a Quito, llegó la deseada oportunidad. El sabio antropólogo, y grande amigo, nos dió una de las alegrías más grandes de nuestra vida al exclamar, luego de examinar los tiestos:— ¡Mayoides de Uhle!—

Tan importantes los consideró que, a las tres semanas de nuestra entrevista, nos enviaba el estudio intitulado NOTAS SOBRE LA PREHISTORIA DE BABAHOYO, ECUADOR, habiéndonos hecho el honor —que no solía conceder— de dedicarnos su trabajo.

Pudimos editarlo solo en 1.949, en el Suplemento Dominical de «La Nación», y fué, probablemente, lo último que de él se publicó antes de su muerte.

Los planes, que elaboramos en Quito, para que viniese a la Costa a excavar en «La Chorrera», y otros sitios, fueron truncados por la Guadalupe, y los tuestos debieron seguir esperando, a orillas del Babahoyo, el golpe revelador de las piquetas.

En el trabajo mencionado (31 de Julio de 1.949) planteó las bases de una «nueva cronología de la arqueología ecuatoriana», apoyándose en los históricos tuestos que le obsequiamos; es muy importante el párrafo siguiente: «pero en él (se refiere a un fragmento de «La Chorrera»), el dibujo serpenteforme y complicado como en éstos, es inconfundible y claramente perteneciente al estilo de Chavín», y agrega, mas adelante «solo el estudio del yacimiento del río Babahoyo permitiría fijar su edad».

Luego de escuchar su opinión habíamos hecho, en el año de 1.946, antes de la publicación del manuscrito, una nueva visita a «La Chorrera», recolectando centenares de fragmentos (que se guardan en el Museo de la Facultad de Humanidades, de nuestra Universidad), elevando un informe al Rector de entonces, Dr. José Miguel García Moreno, en el cual solicitábamos los fondos necesarios para verificar un trabajo, en debida forma, en el notable paradero.

El Rector nos prestó su franco y comprensivo apoyo, pero acontecimientos ajenos a la labor científica cortaron el propósito y, como siempre!, los tuestos siguieron esperando.....

Así llegamos a 1.953. La amistad que surge de la comunidad de aficiones nos permitió informar, al Sr. Emilio Estrala Icaza, acerca de la importancia que para la prehistoria ecuatoriana tenía el barranco de «La Chorrera».

Luego de una visita, muy breve, al mismo, estuvo completamente de acuerdo con nosotros, resolviendo, en magnífico gesto de Mecenas, auspiciar la venida al país de dos notables especialistas en la materia, con la colaboración de la Smithsonian Institution, de Washington, y el respectivo permiso de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas.

Fue así como, a mediados de Septiembre del año en curso, Cliff EVANS, acompañado de su esposa Betty MEGGERS, destacadas figuras de la antropología norteamericana, iniciaban el trabajo en el ya célebre barranco, extrayendo, en casi una semana de intensa labor, millares de tuestos, hasta llegar a la capa que los arqueólogos denominan «estéril», en el sentido de que, en ella, ya no hay vestigios de actividad humana de ninguna especie.

Estos fragmentos, recolectados con el más grande rigor científico, permitirán, a los dos mencionados antropólogos, luego de que terminen el largo y fatigoso proceso de los exámenes de su pasta (técnica de manufactura), que incluye los temperantes empleados, la textura, el color, el grado de cocimiento y la dureza; el estudio de sus formas dibujos y colores, y la comparación de las posibles secuencias cronológicas, con otras culturas del Ecuador o de América; les permitirán, repetimos —entonces, y solo entonces— abordar la parte final de su trabajo, la de las conclusiones, definitivas o provisionales.



Los antropólogos norteamericano, EVANS y su esposa MEGGERS (centro, a la izquierda, y extremo a la derecha) en pleno trabajo en el barranco de la "La Chorrera", junto al río Babahoyo. Están partiendo con llanas, los terrones, para separar los tiestos.



Los tiestos, producto del trabajo iniciado en la foto superior, ya separados y ensacado, listos para su estudio en los laboratorios y salas de arqueología de Washington, para proceder, después, a establecer la secuencia estratigráfica.



Aunque nos está vedado —por razones obvias— adelantar comentarios de ninguna especie sobre la fase de la investigación que ha terminado, es fácil comprender el interés de la misma para la arqueología ecuatoriana, especialmente para la de la región del Litoral.

¿Cuántos problemas dejarán de serlo? ¿Qué nuevas perspectivas se abrirán a los investigadores?

El Sr. Zevallos Menéndez, dignísimo Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, ha ofrecido realizar la edición del libro, tan pronto como se le envíen los originales del mismo, será, por lo tanto una edición en idioma castellano —la primera de este género que se hará en Guayaquil—, lo que la convertirá en un libro indispensable para los aficionados a la antropología, como para los que, desde hace muchos años, se dedican a su estudio.

Esta labor, en la que ha dado, cada cual, diversos aportes hará que al aparecer el libro, esperado con ansia, vuelva a producirse el llamado «milagro», que «los tuestos hablen», que el barro, la piedra y los metales, nos cuenten su milenaria historia.

¿No es verdad, lector amigo, que la espera de diez y ocho años ha valido la pena?

UN PUEBLO SOBRE UNA TOLA: PIMOCHA

Pimocha es, en nuestros días, una modesta parroquia del Cantón Babahoyo, de la Provincia de «Los Ríos». Ha decaído mucho, es apenas la sombra de lo que fuera en otros tiempos, pero no ha perdido su característica principal, la de ser el único pueblo de la costa ecuatoriana—y quizá de todo el país—edificado sobre una tola, vale decir, sobre un montículo artificial construido por los aborígenes de «Los Ríos».

En la «Descripción de la Ciudad de Guayaquil», publicada en la colección de Torres de Mendoza, la cual «Descripción» es, probablemente, del año 1.606, se lee, sobre Pimocha, lo siguiente: «Pimocha 1.a: tributarios, cuarenta y cinco; reservados, dos; casados, treinta y ocho; viudos, diez; niños, cuarenta y dos; niñas, treinta y ocho».

“2.a. Babahoyo, reducido en Pimocha: tributarios, diez; reservados, tres; casados, cinco; viudos, tres; niños, ocho; niñas, tres”.

3.a. Mayan, reducido en Pimocha (Mapán, cerca de Pimocha): tributarios, diez y ocho; reservados, dos; casados, diez y seis; viudos, cinco; niños, trece; niñas, diez”.

Es decir que, durante la Colonia, los indios de Babahoyo y de Mapán fueron reducidos en Pimocha, considerado como punto de gran importancia en el proceso de penetración y de dominio de toda la zona

Alonso de Montalván, y el Capitán Alonso de Vargas, eran los dos encomenderos (de los trece que tenía Guayaquil en 1.606) que recibían cien y dos cientos pesos, respectivamente, de los indígenas así reducidos.

La subida al pueblo (por escalones cortados en la tierra de la tola) es áspera y molesta, y cuando llueve debe ser peligrosa, pero permite apreciar, con toda claridad, líneas de tiestos rotos aflorando por doquiera.

En diversas calles se recortan, nítidamente, sobre el suelo, los bordes de grandes vasijas (sarcófagos), algunas de las cuales deben haber pasado de los cincuenta centímetros de diámetro. Practicamente, en toda la población, se encuentran tiestos rotos en abundancia, y los moradores nos cuentan de la frecuencia con la cual desentierran tinajas en las calles.

La tola, desde el filo del agua a su borde superior, medirá unos cinco o seis metros, y debe haber sido escogida, por los españoles, para la fundación europea de Pimocha, por su posición dominante a orillas del Río Grande o Babahoyo.

Que sepamos, es la primera vez que se señala la condición de pueblo sobre tola, de "Pimocha", pues José San Andrés Tovar, que la visitó en 1945, recogiendo abundante material arqueológico para el Colegio Eugenio Espejo, de Babahoyo, no lo indica en su trabajo, editado en la Universidad de Guayaquil en 1951.

OTRA VASIJA "MUERTA"

Los arqueólogos norteamericanos, EVANS y MEGGERS, Dn. Emilio Estrada Icaza, y su distinguida esposa, en cuya grata compañía realizamos la breve visita a «Pimocha», que estamos describiendo, fueron testigos de una sorpresa que nos esperaba en la tola-pueblo; la del encuentro de una «vasija muerta», desenterrada, hacía muy poco tiempo, en una calle del recinto parroquial.

A quienes no hayan leído nuestro trabajo, al respecto, debemos informarles, en síntesis, que una serie de pruebas, debidamente controladas, nos han permitido establecer, al margen de toda duda, la existencia entre los aborígenes ecuatorianos, de una costumbre netamente centroamericana, la de la «muerte ritual», de ciertas vasijas, que acompañaban a los difuntos en su inhumación.

Esta «muerte ritual» consiste en perforar, con cuidado, agujeros en el cuerpo de las vasijas que se quería «matar», para librar el espíritu de las mismas y que pudieran servir, en la «otra vida», al difunto.

Teníamos pruebas de "La Libertad" y "Daule", en el Guayas; de "Vinces", en la provincia de Los Ríos; de diversas poblaciones de Esmeraldas y, a éstas, venía a sumarse, la tinaja que estaba a la vista; de unos sesenta centímetros de alto, husiforme y sin decoración sobre sus paredes.

La perforación se había realizado en la base (como en la vasija de "Atacames") y, según nos declaró su propietario, al extraerla "fué una de las cosas que más le llamó la atención", pues no suelen encontrarse perforadas en la forma indicada.

Posteriormente, nuestros buenos amigos, el Sr. Olaf Holm, y el Sr. Obispo Auxiliar de Guayaquil, Monseñor Silvio Luis Haro, nos han noticia-

do, de la existencia, en sus colecciones, de varias vasijas en las cuales, la "muerte ritual", acorde con nuestra interpretación, se presenta clarísima.

A mayor abundamiento, una vasija del pueblo del Morro, provincia del Guayas, recién ingresada al Museo del Sr. Emilio Estrada Icaza, presenta, también, en forma inobjetable, el agujero de la "muerte ritual", hecho en su parte media; igual que en el ejemplar de "La Tolita", de Esmeraldas, y en algunas vasijas del Chimborazo.

Si alguna duda nos hubiese quedado, al escribir "UNA URNA FUNERARIA DE "LA LIBERTAD" Y SU MUERTE RITUAL", la reciente cadena de hechos, de pruebas concluyentes, la borran por completo.

Ahora, que ya se conoce el motivo de éstos extraños agujeros--atribuidos a simple casualidad por los huaqueros,--y en cuya importancia no habían reparado nuestros arqueólogos, perdiendo un elemento de diagnóstico en el problema de las relaciones con Centro América, estamos seguros de que, en futuras excavaciones, surgirán pruebas en abundancia, las cuales serán debidamente señaladas.

Volviendo a nuestra vasija de Pimocha: ¡Cuántas cesas nos había contado, cuanto nos había dicho, no obstante su condición de cuerpo inanimado!

¿No es verdad que «los tiestos hablan», que solo hace falta «saber entender» su lenguaje?

HACIA UNA PALETNOGLOTOLOGIA DEL GUAYAS

Paletnoglotología (palabra que puede asustar a los profanos) significa, descomponiendo sus elementos griegos, ESTUDIO DE LOS IDIOMAS DE LOS PUEBLOS ANTIGUOS, entendiendo por «antiguos» a aquellos núcleos humanos ya desaparecidos, por extinguirse, o sufriendo procesos de transformación y aculturación por obra de pueblos recién llegados a su territorio.

Tendríamos, de acuerdo con lo definido, que establecer cuales son--o fueron--estos pueblos en la provincia del Guayas; cuantos han desaparecido, de modo total (dejándonos, únicamente, la huella de sus topónimos) y cuales superviven.

Fijado lo anterior, habría que proceder al estudio del significado de los centenares de palabras recolectadas (nombres de pueblos, haciendas, ríos, esteros, cerros etc.), para llegar, a la que podría ser una INTERPRETACION ETIMOLOGICA DE LA PREHISTORIA DEL GUAYAS.

A nadie escapará la enorme importancia de un trabajo como el enunciado (que señalamos al interés de los estudiosos ecuatorianos), las grandes dificultades del mismo, y el tiempo que insumiría el realizarlo.

No creemos que sea labor para un solo hombre (salvo que dispusiera de todo su tiempo), sino para un equipo de investigadores, bajo un plan coordinado hasta en sus últimos detalles.

Complemento indispensable, de la Paletnoglotología del Guayas, tendría que ser un MAPA IDIOMATICO DE LA PROVINCIA, para cuya elaboración nos atenderíamos a lo siguiente: Señalar los topónimos, de los distintos idiomas indígenas, con tipos y colores diferentes, para poder así, con una simple ojeada al Mapa, establecer las zonas de penetración de los diversos pueblos, la intensidad de su influencia, etc.

Tomemos, como simple ejemplo de lo expresado, los topónimos en idioma quichua que se encuentran en el Guayas: El quichua corresponde, lógicamente, a la invasión incaica, y es, desde el punto de vista cronológico, la última lengua que dejó su impronta en el territorio provincial.

Aparentemente, deberían abundar los topónimos quichuas, por ser el idioma de los invasores y por haber llegado en el momento que precedió a la conquista española; pero no ocurre así.

De acuerdo con los Cronistas de Indias (tan injustificadamente maltratados por Chavez Gonzáles) los cuzqueños casi no se hicieron sentir en el Litoral de nuestra Patria, contentándose, como en Puná, con dejar «un Inga de los del Cuzco, gobernador que tenía allí el Inga, que gobernaba a Puerto Viejo, y a la isla, y a Tumbez», como afirma Pedro Pizarro en su tan conocida «Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú».

La resistencia de los indígenas costeños, heroica y tenaz —recuérdese lo que le sucedió a Huayna-Cápac con los puneños,— lo poco grato del clima tropical, para hombres de tierras frías, y el poco tiempo transcurrido, desde la conquista incaica a la llegada de los españoles, contribuyen a explicar, holgadamente, la escasez de palabras quichuas en nuestro Litoral, y su abundancia en la Región Interandina. No necesitamos, por lo expuesto, para entender la diferencia señalada, entre Sierra y Costa, resucitar la trasnochada hipótesis de que el quichua se originó en la Sierra Ecuatoriana, en tiempos muy remotos, y de allí pasó al Perú.....

No hemos podido revisar —como tendrá que hacerse— los registros de propiedad rural, de los cantones de nuestra provincia, debiéndonos contentar —por ahora— con los topónimos que se encuentran en los mapas de Pedro Vicente Maldonado, Wolf, etc., pero ello basta para demostrar la escasez de voces quichuas indicada.

No llegan a diez los topónimos hallados: 1.—CHACAYACU, río afluente del Naranjal (de CHACA, puente, y YACU, agua); 2.—MAPASÍNGUE, hacienda cercana a Guayaquil (de MAPA, sucio, y SINGA, nariz); 3.—ÑAUSA, estero afluente del río Babahoyo (de ÑAUSA, ciego, tuerto); 4.—PUCA, afluente del río Balzar (de PUCA, rojo; pero en idioma «colorado» la misma palabra significa semilla, por lo cual es un topónimo dudoso); 5.—PACO, cerro próximo a la población de Soledad o Isidro Ayora (de PACO, rojo. Palabra sinónima es PUCA, ya indicada); 6.—SUPAYPUNGO, recinto del Cantón Milagro, junto a la línea férrea (de SUPAY, diablo, demonio, y PUNGU, puerta. En el quichua hablado por los indios peruanos la G se transforma en K, PUNGO sería PUNKO); 7.—QUISQUISALE, pequeño río de invierno, en el Cantón Santa Elena, (de QUISHQUI, estrecho, angosto); 8.—PALO-BAMBA, hacienda del Cantón Guayas, sobre el carretero a General Villamil (de PALU, lagartija, y BAMBA, PAMBA o PAMPA, llanura, sabana). El

cambio de la U, de PALU, en la O, de PALO, no indica una palabra híbrida, se trata, simplemente, de un cambio fonético, realizado por los españoles, como en millares de otras palabras indígenas.

Insistimos en que una revisión, prolija, de los nombres de los predios rurales de la Provincia, buscando los títulos más antiguos, arrojará unos cuantos nombres quichuas, pero estamos seguros de que su escaso número confirmará lo que hemos dicho.

Vendrían, luego, los topónimos CARANQUI—CAYAPA—COLORADOS (que son dialectos de un solo idioma, abundando en nuestra provincia), los de procedencia MOCHICA o YUNGA, los PURUGUAYES (tan afines a los MOCHICAS), los PANZALEOS, los JIBAROS, los ESMERALDEÑOS, los PASTOS y los TALLANES, que de todas éstas lenguas han encontrado la huella, los filólogos, en el territorio del Guayas.

Los problemas surgirán como por generación espontánea. Véase uno, entre muchos: la palabra GUARE (nombre de varios pueblos y recintos del Guayas) significa GUACAMAYA, en esmeraldeño antiguo (le damos el nombre de «esmeraldeño» por desconocer el nombre propio de este idioma que hablaron los aborígenes de Esmeraldas hasta bien entrado el siglo XIX), pero con igual palabra se designa la orza o remo-timón de algunas embarcaciones montubias.

Pero, ¿qué significan todas las dificultades y problemas, que puedan presentarse, frente a los resultados extraordinarios que se lograrían?

¿Habría algo mas hermoso, y apasionante, que seguir, a base de topónimos, el rastro de los pueblos que cruzaron por los ríos, bosques, cerros y sabanas, de nuestra tierra, hace muchos siglos?

¡Milagroso poder de la paletnoglotología!

UN PARADERO CHONANA

En los primeros días de Noviembre, del presente año, realizamos una intensa recolección en un paradero de los antiguos chonanas, a orillas del río Daule, labor en la cual nos acompañó el Sr. Olaf Holm, habiendo decidido escribir, conjuntamente, los resultados del estudio que hemos iniciado.

Ofrecemos aquí, por lo tanto, solo una breve noticia del trabajo hecho (a manera de lo que los norteamericanos denominan «preliminary report»), consecuentes con el propósito señalado al iniciar éstas notas.

Se trata de un «playón», en el centro del río Daule, frente a los terrenos de la Hda. Chonana, que nos fué indicado por el campesino Enrique Arias, respondiendo a un interrogatorio, sobre la existencia de «tiestos de indios», en los terrenos donde tiene su finca.

El corto invierno, y lo prolongado del verano, han dejado, allí, seco virtualmente, el cauce del Daule, al extremo de que se puede cruzar, de una orilla a otra, sin encontrar un metro de profundidad.

El banco de arena (playón) mide unos cien metros de largo, su anchu-

ra es variable, el agua lo cubre en parte; los tiestos (y objetos enteros) se encuentran sobre la superficie del mismo, o bajo el agua, por una extensión indeterminada, cuya profundidad aumenta a medida que se baja el curso del río.

Fue, el realizado, un novedoso tipo de arqueología (acuática sería, quizá, el nombre apropiado) y, desde luego, muy refrescante.....

En la ya mencionada «Descripción de Guayaquil», del año 1.606, encontramos el siguiente dato sobre los chonanas: «Chonana: tributarios, treinta y nueve; reservados, uno; casados, seis; niños, siete; niñas, siete», todos los cuales estaban reducidos en la población de Daule.

El célebre Cronista de Indias, Cieza de León, señala a los Chonanas como a una de las tribus de la nación huancavilca, e igual lo hace nuestro historiador Velasco, con la única variante de escribir Chunanas.

En viejos títulos de propiedad, de la hacienda Chonana, se mantienen el nombre y la ubicación geográfica, por todo lo cual hemos llamado «paradero chonana», al lugar de los encuentros, debiendo aclarar que, dada la forma de recolección del material (producto del ataque de la corriente del río, en los inviernos, a los barrancos que le sirven de cauce), es seguro el que, los objetos y tiestos recogidos, son de distintos períodos de habitación del sitio (de diferente cronología), pudiendo, algunos de ellos, no ser chonanas, propiamente dichos. En todo caso, proceden del mismo lugar, lo cual justifica el nombre escogido; el de la última tribu aborígen que allí vivió.

Uno de los más interesantes objetos (y en perfecto estado de conservación), es un rondador de dos tubos, parecido, extraordinariamente, a aquel que reproduce Max Uhle en la lámina XXXIV, fig. 85, de «Influencias Mayas en el Alto Ecuador», y a los rondadores nazcas, de la costa peruana, publicados por Charles W. Mead, en el folleto intitulado: «The Musical Instruments of the Incas».

Nuestro amigo Holm, afortunado autor del hallazgo, prepara una ligera monografía sobre el mismo, pues se trata de la primera pieza, de éste tipo, encontrada en la costa ecuatoriana.

Valga la oportunidad para acabar con un lugar común completamente falso; la de que los rondadores, o flautas de Pan, son propios de los indios de la Sierra, caracterizan su cultura.

Esto es cierto solo en el presente, cuando los aborígenes de la Costa (con las agonizantes excepciones de cayapas y colorados) han desaparecido por completo. Las figurillas de cerámica de Esmeraldas, Manabí y Guayas, de la prehispanidad, nos revelan, precisamente, el extraordinario uso, del mencionado instrumento, por los indios del Litoral, y hasta la existencia de notables variantes del mismo, que no se han encontrado en la Región Interandina.

La figura del músico, de «La Tolita», con la cual adornamos la cubierta de la tirada aparte, de nuestras notas, es otra prueba —entre muchas— de lo afirmado.

Cuatro ocarinas, de diversas formas, un silbato antropomorfo, bella-

mente decorado, una pintadera (vulgarmente llamadas «sellos»), y veinte torteras o fusaiolas (cuentas de barro cocido para servir de contrapeso a los husos), constituyen la parte museológica, por así decirlo, de lo recogido.

Pertenecen a la clase de objetos que los coleccionistas prefieren; pero, dejando a un lado el valor artístico, son, casi siempre, mucho mas interesantes (para la arqueología) los humildes tiestos que ningún aficionado colocaría en sus vitrinas.

Mas de cuatrocientos fragmentos, seleccionados de entre millares, por sus diferencias morfológicas y de ornamentación, fueron obtenidos, y un primer examen de los mismos, realizado en compañía del Sr. Holm, nos ha permitido establecer los siguientes tipos: 1—Pies de ollas y compoteras («fruit bowl o footed bowl»), trípodas y polípodas (sostenidas por tres o más pies). Estos pies son cilindros macisos, huecos, en forma de letra Y, coniformes, y con decoraciones prosopomorfas (en forma de rostro humano) más o menos estilizadas.

2.—Compoteras de pie anular, alto y bajo, de paredes caladas (como las encontradas por el Sr. Emilio Estrada en la zona del «Milagro»), con el plato decorado con incisiones, pintado con «técnica negativa» o, simplemente, pulimentado.

El espesor de las paredes, de algunas compoteras, no llega a dos milímetros, y revela una alta técnica en el trabajo de la cerámica.

3.—Vasos de muy variada forma; fuentes preparadas para servir como rayadores («graters») de yuca, tal como se encuentran en toda la Costa, algunas provincias de la Sierra y en el Oriente Ecuatoriano.

4.—Bordes de ollas, con decoración incisa, o pintada a dos colores; fragmentos de grandes tinajas, comunes a las últimas civilizaciones del Litoral.

Destacaremos, para terminar, cuatro hechos importantes: Diversos fragmentos de compoteras se parecen, como una gota de agua a otra, a tiestos de «La Libertad» (a orillas del mar), de «La Chorrera», del «Milagro», y de la isla de «Puná».

Los motivos ornamentales, de muchos tiestos, indican, claramente, la extensión alcanzada por ciertas oleadas culturales en la Costa: SON IGUALES EN ESMERALDAS, MANABI, GUAYAS Y LOS RIOS. Muy poco sabemos de la provincia de «El Oro», pero es suficiente para incluirla dentro de la misma zona de influencias.

Sería ingenuo el suponer la existencia, en la provincia del Guayas, de una sola civilización o cultura, evolucionando, sin perturbaciones, desde que se fijó en el territorio hasta la venida de los conquistadores españoles.

Los llamados huancavilcas, probablemente por los incas, y a los que habría que dominar CAYAPAS o TSATCHELAS— estamos absolutamente de acuerdo, al respecto, con Emilio Estrada Icaza— son el último pueblo indígena que moró en el Guayas, sufriendo complejas influencias, pero, en el pasado remoto, si nos guiamos por lo que que la diversidad de tiestos y objetos

denominados

nos dicen, otras culturas llegaron a la cuenca del más grande río del Litoral, dejando las huellas de su permanencia o de su paso.

Es muy probable que dichas culturas salieran de Centro América y de la Amazonía, ocupando enormes extensiones de nuestra región costera; fecundaron, luego, a las civilizaciones de la Altiplanicie (dando nacimiento a algunas de ellas); mas tarde, una parte de las mismas (como la cañari), regresaron transformadas al Litoral, en curiosos flujos y reflujos, modificando, nuevamente, a las culturas fluviomarítimas.

Solo así, pensando en términos de dinamismo, de cambios constantes, podemos explicarnos la diversidad de las civilizaciones del Litoral y, al propio tiempo, LA UNIDAD DE LAS MISMAS, temporal y espacial, que los restos de su actividad comprueban.





